

Anarquistas con una herramienta: la biblioteca

En la España de hoy, salvo que se esté interesado en conocer las condiciones sociales y laborales de los países del Sur, es difícil hacerse idea de cómo vivían los trabajadores del campo y de las fábricas de la segunda mitad del siglo pasado y de la primera de éste. La formación educativa a la que se podía acceder, en el mejor de los casos, era la de las cuatro reglas. Las jornadas laborales casi doblaban las actuales. Los derechos de los trabajadores prácticamente nulos y conquistados con mucha sangre. Las bibliotecas, las pocas bibliotecas abiertas al público, frecuentadas por cuatro señoritos. Los contados intentos de crear bibliotecas populares, condenados al fracaso casi de antemano, no sólo por la escasa duración de estos impulsos o por su escasa financiación, sino también por el carácter paternalista que insuflaban a tales proyectos. En 1864, Domingo Fernández Arrea, en su obra *Estudios sociales sobre la educación de los pueblos*, refiriéndose a las bibliotecas públicas de las capitales de provincia, señalaba cómo podían encontrarse allí libros "... llenos de instrucción... escritos para el pobre pueblo, que no los lee, sin embargo; en primer lugar, porque casi no los comprende, y en segundo, porque jamás le ocurre el pensamiento de entrar con los zapatos y vestidos rotos y mojados en esas hermosas salas que asemejan a los palacios, para colocarse y sentarse al lado de los caballeros de la ciudad con sus ricos trajes y toda su instrucción. Ignorancia, temor, vana vergüenza, todo le detiene... Por eso las grandes bibliotecas..., buenas y preciosas para las personas de clase media y elevada, para los estudiantes y eruditos, no sirven de nada al pueblo".

Cuatro años más tarde, 1868, Giuseppe Fanelli (1827-1877), ingeniero italiano, enviado por Bakunin y la Asociación Internacional de Trabajadores, encontraba en un café de Madrid a un puñado de inquietos trabajadores, en su mayor parte tipógrafos, con el fin de crear la sección española de la Primera Internacional. No hay nada sorprendente en ello pero sí en la velocidad con que las ideas, las ideas expuestas por Fanelli a un grupo, conseguirían propagarse por las regiones españolas (cuatro años después de su visita, en 1872, la Federación Anarquista reunía a 465.000 miembros activos en su congreso de Córdoba). Sin apenas medios económicos, en contra del poder del Estado (las Cortes facultan a la autoridad, en 1896, para "suprimir todos los periódicos, centros y lugares de recreo de los anarquistas"), en un medio donde el analfabetismo es masivo (las cifras más optimistas señalan que el 45'3% de los hombres mayores de 7 años y el 64'7% de las mujeres en 1877 lo son), consiguen agrupar a decenas de miles de obreros. Para ello fue fundamental, entre otros, la edición y difusión de materiales, algo que hasta el momento actual es señal distintiva de los grupos anarquistas. Muchas veces la lectura colectiva o pública sería el medio más adecuado para dar a conocer la Idea. También la rápida creación y extensión de los Ateneos Libertarios y sus bibliotecas.



Pero, ¿quiénes fueron estos hombres y mujeres, que comenzando a trabajar a los diez o doce años, se autoformaron y, en su mayor parte, hasta el último día de sus vidas, sin medios económicos, sin títulos académicos, siguieron editando folletos, revistas y libros, creando bibliotecas, y que, como dijo uno de ellos, eran artistas hábiles en domar su impaciencia, aniquilar sus temores y someter su ambición de poder? Ese uno al que nos referimos es uno de ellos. El azar nos puso a ese uno en nuestro camino. **Ricardo Mestre**, muerto casi con 91 años, pasó su vida, sin terminar sus estudios primarios, dirigiendo periódicos, editando libros y

revistas, difundiendo las ideas, y, en los últimos años, creando una biblioteca anarquista. Pero no lo traemos a estas páginas ni como modelo, ni como ejemplo ni como excepción. En el movimiento anarquista no es difícil encontrar otros compañeros y compañeras con trayectorias similares. Recorridos vitales donde la biblioteca ha sido un lugar central: **anarquistas en bibliotecas.**



Diversas entidades (bibliotecas, fundaciones, ateneos) de carácter anarquista y, en consecuencia, con un rasgo común, su independencia económica respecto de cualquier organismo estatal, llevan a cabo una interesante actividad de recolección y difusión de los documentos de carácter libertario. Como muestra, hemos traído a las siguientes páginas la **Biblioteca Social Reconstruir** de la Ciudad de México, fundada por Mestre, la **Fundación Anselmo Lorenzo**, del ámbito de la CNT, y con una destacada labor de edición, la **Fundación Salvador Seguí**, en la órbita de CGT, con un considerable centro de documentación, y el **Centro de Documentació Històrico-Social/Ateneu Enciclopèdic Popular** de Barcelona, que desde su fundación en 1903 ha desempeñado una gran labor en la vida cultural barcelonesa. Rasgos destacables, por lo excepcional en los tiempos actuales, de todos ellos, y de honda raíz anarquista, son la autofinanciación y el trabajo voluntario.



No hemos querido centrar esta pequeña aproximación al tema de bibliotecas y anarquistas en el tiempo pasado. Sería falso. El movimiento anarquista, mayor o menor, sigue vivo. Y, en tal condición, adaptándose al momento actual. Desde la década pasada en algunos países (Alemania, Italia y Estados Unidos, principalmente) han ido extendiéndose unas **salas alternativas de lectura**, llamadas *infoshop*, propiciadas por grupos anarquistas, que siguiendo la tradición del trabajo voluntario y la autofinanciación, ponen a disposición de los interesados literatura radical, revistas o *fanzines* editados por grupos similares de diversas ciudades y países, medios para acceder a la información electrónica. A su vez, tejen redes de apoyo y trabajo común entre diversos centros.



Frecuentemente el anarquismo ha sido menospreciado como un movimiento de “analfabetos”, por un lado, y por, supuestamente, carecer de un “verdadero instrumento científico de interpretación de la realidad”. Así será si así lo dicen los hereditariamente letrados y aquellos que creían disponer de instrumentos y métodos sociales infalibles. Pero lo que nadie podrá negarles es su anticipación en temas que, vaya por donde (sin científicidad, sin ilustración), son actualmente, cien años después, ámbitos del conocimiento (ecología, sexualidad, medicina alternativa...) centrales para el mundo de hoy. Y que lo que hicieron, fusionar revolución con vida, abrir nuevas trayectorias vitales para la emancipación del ser humano, desde el apoyo mutuo, desde el trabajo voluntario y en común, utilizando la imprenta y la biblioteca como herramientas, es un ejemplo real que la sociedad actual ha querido inutilizar con la etiqueta de utópico.



Las pretensiones de este dossier son bien modestas. Una tímida aproximación al amplio tema de lo que las bibliotecas supusieron (y suponen) al movimiento anarquista, como herramienta para la formación (lo que no quiere decir, forzosamente, escolarización), como instrumento para la difusión de las ideas. Si la formación continua y el autodidactismo son ámbitos actuales donde la biblioteca puede y debe mostrar sus capacidades, en el papel desempeñado por las bibliotecas de los Ateneos Libertarios tenemos un interesante motivo de reflexión y aprendizaje.



Para la realización del dossier hemos podido disponer del fondo documental de la Biblioteca Social Reconstruir. A Héctor Hernández, uno de los que en ella aportan su trabajo voluntario, a Carlos Ramos, de la Fundación Salvador Seguí, y a los compañeros de la Fundación Anselmo Lorenzo y del Centro de Documentació Històrico-Social/Ateneu Enciclopèdic Popular y a la Biblioteca Pública Arús, nuestro agradecimiento. 